

Ethan Chorin

*Exdiplomático estadounidense destinado en Libia,
y CEO de la consultora Perim Associates*

No se había visto tal nivel de alarma ante las intenciones rusas en Libia y en el Mediterráneo desde el comienzo de la Guerra Fría: un aluvión de artículos recientes advierten de que los movimientos de Rusia en Libia son la prueba de una política agresiva y expansionista que encaja con sus intervenciones militares en Ucrania y Crimea. Pero se trata de una exageración. Si bien es cierto que Rusia se ha aprovechado de la aversión al riesgo que ha mostrado Estados Unidos durante la Primavera Árabe para fortalecer su posición en diversos frentes (en particular, en Siria), su postura en relación con Oriente Próximo en general es selectiva y oportunista. A Rusia le interesa primordialmente mantener y elevar su estatus geopolítico, generar influencias de las que se pueda servir para sus intereses más cercanos y asegurarse una parte de los réditos económicos que aporten futuros acuerdos. Carece tanto de los recursos como de la voluntad de comprometerse en un país que podría resultar un desastre durante mucho tiempo.

Los orígenes de la competencia entre Rusia y Occidente por Libia

Cuando Idris Al Senussi se convirtió en el primer soberano de una Libia independiente en 1951, la mayoría de los libios percibían a Estados Unidos y a Naciones Unidas como actores favorables que podrían salvarlos de los males del colonialismo europeo (y de la partición del país). Libia albergó la única base militar estadounidense en África, que aprovechó su situación geográfica estratégica para proyectar fuerzas en otras zonas de Oriente Próximo y África. Sin embargo, Estados Unidos consideraba a Libia una cuestión secundaria respecto a Egipto, al que estaba resuelto a mantener alejado de la esfera de influencia soviética (esto fue antes de que las compañías petroleras estadounidenses descubrieran petróleo en Libia en cantidades comerciales en 1959).

En 1957, el entonces primer ministro libio, Mustafa Benhalim, logró hacer valer las demandas libias de ayuda al desarrollo ante el presidente estadounidense Eisenhower. Sin embargo, en los años que siguieron, el volumen de ayuda prometido no se pudo garantizar (en parte, debido

a las objeciones presupuestarias del Congreso de los Estados Unidos), de modo que Benhalim recurrió a la baza soviética. La pasividad de Occidente contribuyó, en parte, al ascenso de Muammar Gaddafi, que gobernó Libia durante más de 41 años y desarrolló relaciones a largo plazo con los soviéticos para suministros militares, de las que algunas se mantuvieron con Rusia y otros antiguos estados soviéticos. La relación con Rusia incluía un contrato de armamento por valor de miles de millones de dólares en 2009, antes del inicio de la Primavera Árabe, a finales de 2010.

Cuando Gaddafi se disponía a atacar Bengasi en marzo de 2011, tras las protestas que marcaron el inicio de la revolución libia, la Administración Obama le pidió a Rusia que no vetase la resolución 1973 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, por la que se autorizaba «todas las medidas necesarias» para proteger a los civiles. Rusia se abstuvo, apoyándose en lo que sus diplomáticos declararon posteriormente eran sólidas garantías estadounidenses en el sentido de que no se produciría un cambio de régimen.

Tras el derrocamiento de Gaddafi, los rusos acusaron a la secretaria de Estado, Hillary Clinton, de haber jugado sucio, e incluso de haberlos engañado abiertamente (más tarde, Clinton comentó que los rusos eran lo suficientemente sofisticados como para comprender qué entrañaban las palabras «todas las medidas necesarias»). La indignación rusa por haber sido excluidos del proceso decisorio en Libia reforzó su determinación de afianzar sus, ya entonces cruciales, intereses estratégicos en Siria a costa de Estados Unidos y de la Unión Europea. En 2012, el presidente Vladimir Putin acudió enérgicamente en ayuda del dirigente sirio Bashar al-Asad, apartando en la misma jugada a Estados Unidos de su, previamente asumida, posición de liderazgo en la negociación del final del conflicto sirio.

Los intereses rusos en el Mediterráneo

Los rusos tenían muchas razones poderosas para apostar fuerte en Siria. Una de las causas de la estrecha relación entre Putin y Asad era la predisposición de este último a bloquear los intentos de Qatar, el emirato del Golfo, de construir un gasoducto que llevase gas natural a través del país y suministrar a Europa, lo que habría perjudicado la posición rusa en el mercado europeo y debilitado su capacidad de influencia al defender sus acciones, por ejemplo, en Ucrania.

Los rusos conservan dos puntos de acceso militar en Siria: una base naval de suministro y mantenimiento en el puerto de Tartus y parte de la base aérea siria de Latakia, a 84 kilómetros en dirección norte. Latakia fue el centro neurálgico de los bombardeos rusos en Siria contra los opositores a Asad y contra el Estado Islámico (ISIS). Tanto Tartus como Latakia son importantes en lo práctico y en lo simbólico, como medio para proyectar las fuerzas rusas en el Mediterráneo. Para empezar, el acceso del que dispone Rusia en Tartus amplía el tiempo que los buques rusos pueden partir de sus bases en el Mar Negro. Rusia recibió ya un dividendo por su intervención en enero de 2017, cuando Asad accedió al incremento de la presencia rusa, incluyendo la soberanía sobre parte de la base, así como de derechos para su expansión¹.

1. Véase: <http://tass.com/defense/926348>

En Siria concurren algunas de las mismas cuestiones estratégicas que están en juego en Libia, aunque a mucho menor escala. Libia suministra gas natural a Europa desde sus grandes yacimientos marinos a través del gasoducto GreenStream, que dispone de una capacidad de 11 mil millones de metros cúbicos (bcm) al año. Qatar estuvo años intentando que Muammar Gaddafi aceptara su inversión en el sector gasístico libio, con lo que perjudicaría la posición rusa en el mercado europeo de energía. Pero Gaddafi, al igual que Asad, rehusó. Además, Rusia suscribió contratos de armamento, petróleo e infraestructuras con Gaddafi por importe de decenas de miles de millones de dólares, con lo que sin duda querrá recuperar o, al menos, compensar en parte las pérdidas que acarreó el derrocamiento de Gaddafi.

Rusia observó cómo la intervención de Occidente en Libia trajo (como consideraba que era predecible) aún más caos y el auge del extremismo en el norte de África y en el Sahel, de lo que culpó a la chapucera intervención dirigida por Estados Unidos y la OTAN. A principios de 2016, la estimación de rusohablantes que engrosaban las filas de ISIS era de unos 4.800 individuos. Y Rusia sabe bien que inevitablemente estos combatientes retornarán y tratarán de fortalecer el radicalismo dentro de sus fronteras, sobre todo, en las repúblicas autónomas de Chechenia y Daguestán (Nocetti, 2016). El derribo por parte de ISIS de un avión comercial ruso con 224 personas a bordo en el Sinaí, el 31 de octubre de 2015, subrayó la vulnerabilidad rusa al terrorismo en la región².

Limitaciones económicas

Pese al deseo de Putin de que Rusia siga teniendo visibilidad y luzca músculo, las condiciones económicas del país frenan cualquier política expansionista. La economía de Rusia, cuyo tamaño está entre la de Italia y la de California, ha sufrido una grave desaceleración en los últimos años a causa del descenso de los precios del petróleo y el gas³, y carece de los recursos y de la voluntad de recomponer las economías de la región, o de participar en costosas operaciones de mantenimiento de paz o de limpieza.

Rusia es perfectamente consciente de los costes económicos de su intervención en Siria y de sus puntos débiles en la región. La escalada de tensiones con Turquía tras el derribo de un caza ruso, a finales de 2015, mostró la vulnerabilidad de Rusia respecto al acceso al Mediterráneo desde el mar Negro –si Turquía cerrase el Bósforo a los buques rusos, la marina rusa tendría que circunnavegar Europa a través del estrecho de Gibraltar, controlado por las fuerzas de la OTAN⁴–. Aunque a Rusia le complacería sumamente desarrollar instalaciones militares de reavituallamiento en el sur del Mediterráneo a modo de salvaguardia ante imprevistos que puedan producirse en Siria y Turquía, ello requeriría, sobre todo, unos acuerdos comerciales razonablemente estables como para justificar semejante acción. Y para eso es preciso un Gobierno estable, además de una economía libia que funcione mínimamente.

Rusia y Hafter

En 2014, el precario Gobierno electo de Trípoli se enfrentó a dos potenciales golpes de Estado, el primero, anunciado por el general Jalifa Hafter, que no se materializó, y el otro, por parte de una alianza islamista de Misurata,

2. Véase: <http://www.bbc.com/news/world-europe-34840943>

3. Véase: <https://www.ft.com/content/489f8f0c-ae02-11e3-974d-00144feab7de>

4. Véase: <http://www.bbc.com/news/world-middle-east-34912581>

que sí lo hizo. Los perdedores de las elecciones crearon un Gobierno paralelo con sede en Trípoli, mientras que el Gobierno electo se desplazó a Tobruk y a Al Baida, al este del país. Fue entonces cuando Hafter se dispuso a crear una fuerza militar más formal, en parte, con miembros de las antiguas Fuerzas Armadas de Gadafi. En algo más de tres años, Hafter recuperó la zona oriental, el llamado Creciente del Petróleo libio –la zona rica en yacimientos de petróleo e instalaciones de refino– y, luego, la mayor parte de Bengasi, que arrebató a elementos respaldados por Al Qaeda e ISIS que se habían hecho con la ciudad a raíz del asalto al consulado estadounidense perpetrado en septiembre de 2012. Los contundentes métodos que aplica Hafter al problema islamista (sin hacer distinciones entre autodenominados islamistas «moderados» y «extremistas», y aplicaba la máxima de «disparar primero y preguntar después») despertaron el interés ruso.

Altos militares y diplomáticos rusos han recibido a Hafter y a su estado mayor varias veces en el Kremlin y, en una ocasión, en un buque de guerra ruso junto a la costa libia, lo que supuso un intencionado desafío implícito al proceso auspiciado por Naciones Unidas, cuyos responsables trataban de dejar a Hafter y al Ejército Nacional Libio al margen del Acuerdo Político Libio (APL). Las conversaciones rusas con Hafter incluían presuntamente negociaciones para reactivar un contrato de armamento suscrito en tiempos de Gaddafi por importe de 2 mil millones de dólares pero, como bien sabe Moscú, Hafter no tiene autoridad para firmarlo⁵. Pese a que Rusia se ha adherido al compromiso de no violar el embargo de armas a Libia de Naciones Unidas, ha vendido armamento a Egipto y, según se cree, parte de dicha ayuda ha llegado a Hafter. Se cree además que asesores rusos han sido enviados al oeste de Egipto para prestar ayuda técnica al Gobierno libio del este⁶. Egipto, los Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí han justificado su propio apoyo militar y logístico, enviado con el mismo método clandestino, trayendo a colación el pasado (y presente) respaldo de Qatar y de Turquía a las milicias de corte radical que ejercen una influencia no desdeñable sobre el Gobierno de Acuerdo Nacional al que apoya Occidente y sobre su antecesor, el Congreso General Nacional.

La enfermedad libia, en parte debido a las malas decisiones de la comunidad internacional, se ha vuelto prácticamente inmune al tratamiento. Los libios no confían ni en sus actuales representantes en el Gobierno ni en el proceso internacional que los habilita. Aunque la palabra «federación» estaba proscrita en la Libia postrevolucionaria, cada vez son más los libios que consideran que una solución desde la base y regional, es ya el único camino adelante. Y dicho proceso está ya en marcha, con la mayoría de las principales ciudades y sus periferias funcionando de forma más o menos autónoma, aunque deficientemente.

Si la comunidad internacional optase por contribuir a capacitar a las ciudades y a las regiones para solucionar algunos de sus propios problemas y, al mismo tiempo, mantener controlados a los sabotadores externos (e internos), se podría conseguir reconstruir en todo el país partes del tejido social libio y, en última instancia, integrarlos a una superestructura jurídica y administrativa nacional. Todo ello pone de relieve la inutilidad de una solución exclusivamente desde arriba al conflicto libio.

Italia ha perjudicado la estabilidad a largo plazo al pagar a las milicias libias (que, al mismo tiempo, dirigen el tráfico de seres humanos) para detener

5. Véase :<https://www.alaraby.co.uk/english/news/2017/1/19/russia-arms-libyas-haftar-in-2-billion-weapons-deal>

6. Véase: <https://www.theguardian.com/world/2017/mar/14/russian-special-forces-deployed-in-egypt-near-libyan-border-report>

las llegadas por mar de refugiados a puertos italianos⁷ Las propuestas de otros estados para establecer centros de procesamiento anticipado para posibles solicitantes de asilo no resultan mucho más útiles.

Se rumorea que el Gobierno alemán contempla planes para fomentar el crecimiento de centros económicos a lo largo de las rutas de migrantes provenientes de África occidental como un medio de desincentivar a los refugiados del peligroso tránsito por el Mediterráneo. No cabe duda de que la única solución a largo plazo al problema es o bien llevar estabilidad a Libia (Gadafi no tuvo reparos para abrir la espiga de la migración ilegal a voluntad) y/o abordar las causas del padecimiento político y económico en los países de los refugiados, agravado por la proliferación de armas y combatientes provenientes del conflicto libio.

Un juego de espera

Con su tercer representante enviado a Libia, el político y analista libanés Ghassan Salamé, Naciones Unidas intentan, con retraso, subsanar los errores de sus sucesivas concepciones de un Acuerdo Político Libio (APL) unificador, racionalizando unidades sobredimensionadas y polémicas del Gobierno de Acuerdo Nacional (GAN) e incluyendo a diversos grupos locales que habían sido excluidos del proceso inicial. Pero queda por ver cómo se conseguirá romper un punto muerto de dos años entre partes de las cuales muchas tienen poco o ningún incentivo para llegar a un acuerdo, y múltiples incentivos para postergarlo. Nada de esto aborda las cuestiones fundamentales del proceso y de la legitimidad popular, que incluso si fueran sorteadas ahora, abonarían el terreno para una discordia futura⁸.

Sin duda, las simpatías de Rusia están más con Hafter que con cualquier otro actor en Libia. La posición virulentamente anti-islamista de Hafter –con la flagrante excepción de los islamistas de Madjali Salafi en su coalición anti tripolitana– y su enfoque sin demasiados miramientos sobre la estabilidad en el este de Libia sintonizan con la visión del Kremlin.

Una vez que Rusia percibió que Heftar se había establecido a sí mismo y al Ejército Nacional Libio (LNA) como un elemento sine qua non para el futuro político libio a corto plazo, el Kremlin dio pasos diplomáticos para establecer relaciones con el líder del Consejo presidencial del GAN, Faez Serraj, y ha subrayado públicamente la necesidad de una solución pacífica e inclusiva para la crisis de Libia bajo la administración de la ONU⁹. De forma paralela, el Kremlin se ha comprometido con la Compañía Nacional Libia de Petróleo (NOC), con sede en Trípoli, que, al igual que otras entidades estatales libias como la Autoridad Libia de Inversiones (LIA) y el Banco Central han tratado, con distinta suerte, de mantenerse al margen de la refriega política.

Mientras continúe vigente el esfuerzo diplomático internacional, Rusia solo ve inconvenientes en el hecho de clarificar su posición. Como apuntó recientemente un ex alto diplomático británico, «los rusos tienen motivos de sobra para quedarse sentados y esperar la oportunidad de aparecer como facilitadores, en vez de jugarse el cuello en un arriesgado proceso diplomático -máxime, cuando es el resultado de una intervención militar que no respaldaron en primer lugar-».

7. Véase: <http://www.independent.co.uk/news/world/africa/mafia-refugees-libya-italy-stop-leave-militia-mediterranean-crossing-sabatha-migrant-boats-a7906666.html>

8. Azza Maghur, «لجأ ندم لمعلا فطخ» مبيقت, <http://www.arab-reform.net/ايبييل/node/1186>.

9. Véase: <http://www.libya-al-mos-takbal.org/49/27740/>
لجأ ندم-فدواج-لمعت-ايسور-فورفال-ايبييل-زارقتسا.html

En lo que respecta a Estados Unidos, los rusos también están a la espera. Por lo que parece, el presidente Putin apreciaría unas mejores relaciones con Estados Unidos o, al menos, contener las tensiones como resultado del escándalo sobre la interferencia rusa en las elecciones presidenciales en 2016, que Rusia parece no haber previsto del todo. Si los tuits del Presidente Trump son un buen indicio, el sentimiento es mutuo.

En cualquier caso, no es probable que Libia sea el eje de una gran disputa entre Rusia y Occidente, al menos a corto plazo. De acuerdo con Vitaly Naumkin, uno de los veteranos de Rusia en Oriente Medio y enviado de Naciones Unidas a Siria, la posición rusa sobre las grandes tensiones regionales –dejando Siria a un lado– puede describirse como la adopción o bien de “un perfil bajo o de una relación constructiva con Occidente” (Naumkin, 2016).

La baja prioridad que representa Libia tanto para EEUU como para Rusia, deja abierta la puerta para una posible cooperación que podría servir para moldear o disipar las tensiones entre ambos en otros escenarios regionales. Además, Rusia entiende que la aplicación consistente y sostenida en el tiempo de un interés y respaldo limitados, se acaba amortizando. Así por ejemplo, la petrolera rusa Rosneft comenzó a extraer petróleo de forma mensual de Libia durante el verano de 2017¹⁰.

Conclusión

En Libia, los rusos tienen muchos «me gustaría», pero pocos «me comprometo a...». Putin desea ser percibido como un pacificador y un mediador influyente en la región; y mientras continúen así las cosas, lo que le gustaría es enfriar la tensión de la región en general, e impedir la expansión del Estado Islámico –y, al mismo tiempo, incentivar un mercado óptimo para el armamento ruso–. Sin ninguna duda, Rusia desea garantizarse el libre acceso a los réditos económicos que pueda ofrecer una paz duradera, cuando sea que llegue –en particular, en el sector del petróleo y del gas–. Pero cada año que pasa añade más complicaciones al conflicto libio. Cuanto más tiempos se mantenga el acercamiento débil y desunido de la comunidad internacional más caos habrá. En breve, Europa y Estados Unidos probablemente renuncien completamente a ser mediadores a cambio de una política estricta de contención. Si esto sucede, Rusia con toda certeza no desaprovechará la oportunidad para afirmar que «ya os lo advertimos», al tiempo que tratará de moldear a su favor lo que sea que permanezca en Libia.

Referencias bibliográficas

Naumkin, Vitaly. «Le grand jeu de la Russie au Moyen-Orient, Entretien». *Moyen-Orient* (mayo-julio de 2016).

Nocetti, Julien. «Syrie: la puissance russe en question». *Magazine Moyen Orient* (abril-junio de 2016), p. 38 (en línea) <http://www.aren24.news/2016/04/01/syrie-puissance-russe-question/>

10. Véase: <https://www.reuters.com/article/us-oil-congress-rosneft-libya/russias-rosneft-started-to-lift-oil-from-libya-idUSKBN19V1LC>